

SERMON

PARA EL DIA

DE LA CIRCUNSIION DE NUESTRO SEÑOR.

SOBRE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Vocatum est nomen ejus Jesus, quod
vocatum est ab angelo.

Llamóse Jesus, que fué el nombre que
le dió el ángel.

LUC. 2. v. 21.

Un Dios que se humilla hasta hacerse hombre, aturde y confunde la razon, y ésta se precipitaria en un abismo de errores, si la luz de la fe no acudiera prontamente á socorrerla, descubriéndola la profundidad de la sabiduría divina, oculta en la aparente locura del misterio de Dios-hombre. Por eso este punto fundamental de nuestra santa religion, quiero decir, la divinidad de Jesucristo, ha sido siempre el objeto mas expuesto á las insensatas contradicciones del espíritu humano. Los hombres soberbios que no debian ocuparse sino en acciones de gracias por el inefable don que les hizo el Padre de las misericordias dándoles su

único Hijo, no han cesado de ultrajarle, vomitando contra este adorable Hijo las mas impías blasfemias. Están ciegos, pues no han visto que el nombre solo de Jesus que se le impuso en este día, nombre que primero recibió en el cielo y que trae un ángel á la tierra á María y á José, es la incontrastable prueba de su divinidad. Este sagrado nombre le establece Salvador del humano linaje. Salvador, porque con la efusion de su sangre que es nuestro rescate, nos libra del pecado y de sus inseparables consecuencias, que son la tiranía del demonio y del infierno. Salvador, porque atrayendo sobre su cabeza el castigo debido á nuestra prevaricaciones, nos reconcilia con Dios y nos abre de nuevo la puerta del eterno santuario que estaba cerrada por el pecado. Pero, católicos, si el hijo de María fuera puro hombre, ¿de qué precio pudiera ser á los ojos de Dios la oblacion de su sangre? Si Jesucristo no fuera Dios, ¿cómo habia de ser aceptada su mediacion, cuando él mismo tendria necesidad de mediador para reconciliarse con Dios?

Esta prueba, que no hago mas que apuntar aquí, y otras muchas que me ofrece la religion, cerrarian prontamente la boca del impío y confundirian su impiedad si yo pensara en dilatarme en ellas; pero no permita Dios que yo venga al templo santo, en donde están levantados altares á nuestro divino Salvador y en donde se juntan sus adoradores, á disputar como si hablara entre sus enemigos, y hacer la apología del misterio de Dios-hombre á vista de un pueblo fiel, y de un príncipe cuyo mas glorioso título es el de cristianísimo. El consagrar hoy este discurso á la divinidad y gloria eterna del Hijo de Dios, no es por confundir á los impíos, sino solamente por consolar nuestra fe, refiriendo las maravillas de su autor y consumidor, y por animar vuestra piedad, exponiendo la gloria y la divinidad del Me-

diador, que es el objeto y la mas suave esperanza; es tambien muy conveniente renovar de tiempo en tiempo estas verdades en el espíritu de los grandes y de los príncipes del pueblo, para fortalecerlos contra los discursos de la incredulidad, de los que suelen estar muy rodeados, y levantar algunas veces el velo que cubre el santuario, para exponer á su vista estas ocultas bellezas que la religion no propone mas que á su veneracion y respetos.

La divinidad, pues, del Mediador no se puede probar sino por su ministerio, los títulos no se pueden manifestar sino en sus funciones, y para saber si bajó del cielo y si es igual al Todopoderoso, basta referir lo que vino á hacer en la tierra. Vino, católicos, á formar un pueblo santo y fiel, un pueblo fiel que captive su razon bajo el sagrado yugo de la fe; un pueblo santo, cuya conversacion sea en el cielo y que ya no dependa de la carne, para vivir segun ella; este es el fin de su mision temporal.

El resplandor de su ministerio es el mas sólido fundamento de nuestra fe, y el espíritu de su ministerio la regla única de nuestras costumbres. Si no fuera mas que un hombre enviado de Dios, seria el resplandor de su ministerio para nosotros una ocasion inevitable de nuestra supersticion y de nuestra idolatría; el espíritu de su ministerio seria el lazo funesto de nuestra inocencia; y así, ya sea que consideremos el resplandor ó el espíritu de su ministerio, queda del mismo modo invenciblemente establecida la gloria de su Divinidad.

¡Oh Jesus, único Señor de todos! Recibid este público homenaje de nuestra confesion y de nuestra fe; mientras que la impiedad blasfema en secreto y en las tinieblas contra vuestra gloria, dejadnos el consuelo de publicarla con la voz de todos los siglos, delante de los altares, y formad en vues-

tro corazón, no solamente aquella fe que os confiesa y que os adora, sino también la que os sigue y os imita.

PRIMERA PARTE.

Se manifiesta Dios á los hombres para enseñarles lo que es y lo que los hombres le deben, y la religión propiamente no es más que una luz divina con que Dios se descubre al hombre y que arregla las obligaciones del hombre para con Dios. Ya sea que el Altísimo se manifieste á sí mismo en la tierra, ó ya que llene de su espíritu á unos hombres extraordinarios, el fin de todos estos pasos no puede ser otro que el conocimiento y santificación de su nombre en el universo, y el establecimiento de un culto en que se dé á Dios solo lo que solo á él se le debe.

Si nuestro Señor Jesucristo, venido al mundo en la plenitud de los tiempos, no fuera más que un hombre justo é inocente, escogido solo para ser enviado de Dios á la tierra, hubiera sido el fin principal de su ministerio hacer al mundo idólatra y quitar á la Divinidad la gloria que le es debida, para atribuírsela á sí mismo.

Y á la verdad, católicos, ya sea que consideremos el resplandor de su ministerio en el aparato pomposo de oráculos y figuras que le precedieron, ya en las circunstancias maravillosas que lo acompañaron, ya finalmente en las obras que él mismo hizo, su resplandor es tal, que si Jesucristo no fuera más que un hombre como nosotros, Dios que le envió á la tierra revestido de tanta gloria y poder, nos hubiera engañado, y sería culpable de la idolatría de los que le adoran.

El primer carácter resplandeciente del ministerio de Jesucristo, es el haber sido anunciado y prometido á los hom-

bres desde el principio del mundo. Apenas cayó Adán, cuando desde lejos se le manifiesta el reparador necesario en la tierra para remediar su caída: en los siglos siguientes parece que Dios solo se ocupa en disponer á los hombres para su venida; si se manifiesta á los patriarcas, es para confirmarlos en la fe de esta esperanza; si inspira á los profetas, es para anunciarla; si escoge un pueblo, es para hacerle depositario de esta gran promesa; si manda á los hombres sacrificios y ceremonias religiosas, es para dibujar, como de lejos, la historia del que ha de venir: todos los sucesos que acaecen en la tierra parece que conducen á este gran suceso; los imperios y los reinos no caen ni se levantan sino para disponerle los caminos; los cielos no se abren sino para prometerle, y toda la naturaleza, como dice San Pablo, parece que está impaciente por parir al Justo que tiene en su seno, y que ha de venir á libertarla de la maldición en que había caído: *Omnis creatura ingemiscit, et parturit.*¹

Hacer, pues, católicos, que la tierra espere á un hombre, y anunciarle desde lo alto del cielo y desde el principio de los siglos, es disponer á los hombres para que le reciban con un respeto de religión y de culto; y si Jesucristo no tuviera otro resplandor particular que le distinguiese de los demás hombres, pudiera temerse la superstición de los pueblos si hubiera sido una pura criatura; pero nada es respecto de Jesucristo el haber sido anunciado, todas las demás circunstancias en que se halló son aun más maravillosas y más admirables que las mismas predicciones. A la verdad, católicos, que Ciro y San Juan Bautista fueron anunciados mucho tiempo antes de nacer en las profecías de

¹ Rom. 8. v. 22.

Isaías y de Malachías; éstas fueron unas puras predicciones sin consecuencias, sin aparato y que se hallan en un solo profeta; unas predicciones que solo anuncian sucesos particulares y en que no podía padecer engaño la religion de los pueblos: Ciro, para ser el restaurador de los muros de Jerusalem, el Bautista para preparar los caminos al que habia de venir, uno y otro para confirmar con el cumplimiento de estas particulares profecías la verdad y divinidad de todas las que anuncian á Jesucristo.

Pero aquí tenemos, católicos, un enviado del cielo, pronosticado por todo un pueblo, anunciado por espacio de cuatro mil años por una larga sucesion de profetas, deseado de todas las naciones, figurado en todas las ceremonias, esperado de todos los justos y señalado de lejos en todas las edades: los patriarcas mueren deseando verle, los justos viven con esta esperanza; los padres enseñan á sus hijos á desearle, y este deseo es como una religion doméstica que se perpetúa de siglo en siglo: aun los mismos profetas de los gentiles ven brillar desde lejos la estrella de Jacob, y hasta en los oráculos de los ídolos se anuncia este gran suceso: este no es un suceso particular, sino un suceso que ha de servir de remedio al mundo condenado; es el legislador de los pueblos, la luz de las naciones, la salud de Israel; viene á desterrar del mundo la iniquidad, á traer una justicia eterna, á llenar el universo del espíritu de Dios, y dar á todos los hombres una paz inmortal. ¡Qué aparato tan extraordinario! ¡qué lazo seria para la religion de todos los siglos, si unos preparativos tan magníficos no anunciaran mas que una pura criatura, y particularmente en tiempos en que la credulidad de los pueblos ponía con tanta facilidad en el número de los dioses á los hombres extraordinarios!

Por otra parte, católicos, cuando el Bautista se manifiesta en las riberas del Jordan, temiendo al parecer que el solo oráculo que le habia anunciado no fuese ocasion de idolatría á un pueblo á quien la fama de su santidad hacia que le siguiese, no hace milagro alguno; no cesa de decir, yo no soy el que esperais; parece que solo atiende á precaver los honores supersticiosos: al contrario, Jesucristo, á quien cuatro mil años antes las figuras, las profecías, las promesas habian anunciado á la tierra con tanta magnificencia; Jesucristo, lejos de precaver la supersticion de los pueblos respecto de sí, viene con gran virtud y poder, hace obras y maravillas que hasta entonces nadie habia hecho, y no solo se levanta sobre el Bautista, sino que dice ser igual al mismo Dios; ¿dónde estaria su celo de la gloria de aquel que le envia y su amor á los hombres, si en esto pudiera haber engaño y si fuera idolatría el tributarle honores divinos?

Además, católicos, cuantos hombres extraordinarios hubo en los siglos antecedentes, todos los justos de la ley y de la edad de los patriarcas, no fueron mas que unas imperfectas imágenes de Cristo, y aun cada uno de ellos no representaba mas que algun pasaje singular de su vida y ministerio; Melchisedech su sacerdocio, Abraham su cualidad de cabeza y padre de los creyentes, Isaac su sacrificio, Job sus persecuciones, Moisés su oficio de mediador, Josué su entrada triunfante en la tierra de los vivientes con un pueblo escogido; todos estos hombres tan venerables y milagrosos no eran mas que unos rasgos del Mesías que habia de venir; era, pues, preciso que fuese muy grande este Mesías, cuando tan ilustres y famosos fueron los que le figuraron; pero si quitais á Jesucristo la divinidad y su eterno origen, en nada excede la verdad á la figura. Bien

sé, como diré despues, que el resplandor de sus maravillas, mirado de cerca, está señalado con unos caractéres divinos que no se hallan en la vida de estos grandes hombres; pero si se juzgara solo con los ojos corporales, no seria el paralelo favorable á Jesucristo. ¿Es acaso mayor que Abraham? Aquel hombre tan grande, que el mismo Dios entre sus nombres mas magníficos tomó el de Dios de Abraham, como para dar á entender á la tierra que los respetos de un hombre tan justo y tan extraordinario, eran mas gloriosos á su soberanía que el título de Dios de los imperios y de las naciones; tan grande, que los judíos creían ser mejores que los demás pueblos del mundo solo por ser descendientes de un padre tan famoso y querido del cielo; que los padres, refiriendo á sus hijos las maravillas de su nacion y la historia de sus mayores, los animaban á la virtud solo con decirles que eran hijos de Abraham y parte de una estirpe santa. ¿Es acaso mas maravilloso que Moisés? Aquel hombre poderoso en obras y en palabras, medianero de una alianza santa, que libertó á su pueblo y sacudió el yugo de Egipto; aquel que fué declarado Dios de Faraon, que parecia dueño de la naturaleza, que cubrió la tierra de plagas, que separó los mares é hizo llover del cielo un nuevo sustento, aquel hombre que vió al Señor cara á cara en el monte santo y que se dejó ver en presencia del pueblo de Israel lleno de resplandores. ¿Hay acaso en toda la vida de Jesucristo cosa tan extraordinaria ni tan grande? Con todo eso, todas estas maravillas no eran mas que unos toscos rasgos de su gloria y de su poder. El era quien debia perfeccionarlas y darlas la última mano; si Jesucristo, pues, no fuera imágen de la sustancia de su Padre y el resplandor eterno de su gloria, cuando mas deberia igualarse á estos primeros hombres, y podria la incredulidad de los ju-

díos preguntarle sin blasfemar: ¿sois acaso mas que nuestro padre Abraham y que los profetas, los que con ser tan grandes murieron? *Numquid tu major es patre nostro Abraham?*¹ Con razon, pues, digo que si considerais su ministerio primeramente por el magnífico aparato de oráculos y figuras que le anunciaron, es tal su resplandor, que si Jesucristo no fuera mas que un hombre como nosotros, la misma sabiduría de Dios seria culpable del error de los que le adoran.

Pero, católicos, Cristo fué anunciado con sus miembros; nosotros estamos incluidos en las profecías que le anunciaron en la tierra; nosotros hemos sido prometidos como una descendencia santa, un pueblo espiritual que habia de tener grabada la ley en el corazon y que solamente habia de suspirar por los bienes eternos y adorar en espíritu y verdad; nosotros hemos sido, como Jesucristo, la esperanza de los justos del tiempo antiguo, el deseo de las naciones; nosotros somos esta nueva Jerusalem pura y sin mancha, tantas veces anunciada por los profetas, en la que solo Dios habia de ser conocido y adorado, en la que la fe habia de ser la sola luz que nos alumbraba, la caridad el solo lazo que nos une, la esperanza de la patria el solo deseo que nos anima. ¿Llenamos, pues, esta esperanza tan ilustre y santa? ¿somos acaso dignos de haber sido el objeto deseado de todos los pasados siglos que nos precedieron? ¿Merecemos haber sido esperados como hombres celestiales que debian llenar la tierra de santidad y justicia? ¿no se engañaron los siglos esperando al pueblo cristiano? Si los justos de los pasados tiempos volvieran á la tierra, ¿podriamos manifestarnos á ellos y decirlos: Ved aquí los

¹ Joan. 8. v. 53.